

# Juventud y proceso cultural

*Gonzalo Portocarrero*

Gracias por la invitación que nos permitirá intercambiar algunas ideas sobre este tema que nos interesa a todos. Comencemos pensando en voz alta el concepto de juventud, para luego tratar de relacionarlo con otros conceptos, y finalmente, arribar a un diagnóstico de la juventud en el Perú de hoy.

## **La juventud un concepto multidimensional**

El concepto de juventud es obviamente un concepto multidimensional con: *un referente biológico*, que tiene que ver con una vitalidad, con cambios hormonales, con el inicio de la vida adulta; *con un referente psicológico* que tiene que ver, sobre todo, con el concepto de identidad; y *un referente social*, que tiene que ver con el cambio de status de una persona, con el cambio en la definición y las expectativas que hay en esta persona.

Uno de los autores que más ha contribuido a elaborar el concepto de juventud es Erik Erickson al formular el concepto de identidad. Erickson fue sensible a la problemática porque ésta estaba en su propia vida. De origen danés, vivió en Alemania y luego en Estados Unidos. Creció con una familia que no era la suya. Su situación era bastante confusa. No en vano una persona así, articula este

concepto de identidad en la forma -casi clásica- como la conocemos hoy día. Elabora y formula este concepto de identidad en la II Guerra Mundial, cuando ve venir, del frente de batalla, a personas en una suerte de psicosis reversible, en una situación de desorganización del yo, de confusión; personas que han soportado un stress demasiado fuerte que ha desorganizado su aparato psíquico. El diagnostica estos cuadros como crisis de identidad. Las personas no saben quiénes son, han perdido una imagen de si mismas, carecen de una proyección hacia el futuro; su memoria del pasado también era confusa.

La juventud supone un tránsito muy brusco, no solamente en términos biológicos, hormonales, sino desde luego también en términos psicológicos; de una situación de dependencia y protección, a una situación donde el joven tiene que ganar autonomía, sobre todo en la sociedad en que vivimos. Esa es la problemática de la juventud. Ganar autonomía implica tener objetivos propios, tener una imagen de si mismo.

En términos más específicos -siempre siguiendo a Erickson- la identidad viene a ser la capacidad de articular las diferentes identificaciones que hemos ido desarrollando a lo largo de nuestra vida, tanto positivas como negativas; la posibilidad de sintetizar en una historia, estas identificaciones con nuestros padres, con nuestros pares, con todas las figuras significativas que han pasado por nuestra vida. Si no producimos, si no logramos esta articulación, más o menos coherente, vamos a tener la famosa crisis de identidad. Crisis que aparece en la juventud pero se prolonga más tarde en la vida en lo que Erickson llama la desesperación, la falta de serenidad. Mientras que el ganar una identidad, conquistar una autonomía, permitiría la serenidad, la productividad. En todo caso lo que queda claro es que, en la juventud, la tarea central es ésta: *llegar*

a una autonomía, lo que supone pues, una imagen de sí más o menos adecuada, más o menos estable. Desde luego eso no es fácil.

Alguien decía que la adolescencia se define por la falta de carácter. Si definimos el carácter como un repertorio de comportamientos más o menos estables, definidos, en la adolescencia tenemos precisamente una época de ensayo, en que no sabemos muy bien lo que hacemos, estamos tratando diversos esquemas de comportamiento. La adolescencia y la juventud llegan a la madurez, cuando tenemos ya esta imagen, esta proyección en el mundo, cuando tenemos cierta autonomía y estabilidad.

El problema de la juventud se plantea en forma diferente, desde luego, en diferentes culturas, en distintas sociedades. Hoy, en una sociedad como la peruana, donde las oportunidades precisamente no abundan, esta situación de conquista, de ganar una identidad, una autonomía, puede ser y de hecho, es muy angustiada.

Hay otro concepto que nos permite pensar la unidad de un proyecto histórico. Este concepto es el de época. Con época nos estamos refiriendo a por qué somos contemporáneos es decir, lo que nos hace compartir ciertas aspiraciones, ciertas ideas básicas acerca del mundo y de la vida? El concepto de época fundamenta la contemporaneidad, fundamenta el hecho de que diferentes personas compartan lo mismo. Desde luego que no todo el mundo vive la época, hay personas que han quedado rezagadas; otras tratan de anunciar una nueva y hay personas que viven solamente dentro de la época.

Los seres humanos somos desiguales de acuerdo a otras categorías. Somos desiguales en términos de género; somos hombres o mujeres, no solamente hechos biológicos

sino construcciones sociales, ciertamente. El concepto de género tiene una dimensión biológica y otra socio-cultural, que está construída sobre esta base biológica aunque no condicionada por ella, sino con bastante autonomía.

Tenemos también el concepto de clase. Las condiciones de vida son muy diferentes. También las costumbres y tradiciones. Finalmente, están los conceptos de etnia y generación. Este último tiene que ver mucho más con el de juventud.

### **La juventud y los cambios de la época.**

Me gustaría precisar la cuestión de la época. Creo que en los últimos años hemos vivido en el mundo y también en nuestro país, un cambio de época, esto es, un cambio en lo que vendrían a ser las concepciones básicas del mundo y de la vida. Este cambio de época, ya refiriéndonos más a nuestro país, tiene que ver con el desplazamiento de un sentido común crítico -un sentido común donde la referencia utópica era muy importante- por otro sentido común, por otra forma de pensar, donde el individualismo y la pérdida de referentes utópicos son el hecho dominante.

En el Perú, hasta mediados del año ochenta, la sociedad peruana era presentada en una forma bastante crítica, como una sociedad amenazada, hasta impedida de progresar debido a la acción depredadora del capital extranjero, del imperialismo, y debido a la falta de compromiso de las clases altas, a la escasa representatividad y corrupción de los gobiernos. La solución, obviamente, estaba en la política que era el terreno de la esperanza. La organización mientras tanto era la posibilidad de cambiar las cosas. Este diagnóstico del país fue elaborado en 1920, por Haya y Mariátegui, pero sólo se convierte en sentido común hacia

fines de los sesenta, principio de los setenta y mediados de los ochenta.

A partir de entonces este sentido común que invitaba a la participación, a la organización, a la esperanza, se desvanece. Las razones son muy profundas, tienen que ver con las propias ambigüedades de ese sentido común, de la promesa que implicaba; con la falta de materialización de esa promesa. El hecho es que tiende a surgir un nuevo sentido común, una nueva familia de representaciones, donde lo más importante es la individualidad, el deseo de progreso entendido ya no como algo colectivo, sino como algo individual.

En el Perú esto tiene que ver obviamente con “El otro sendero”, trabajo de Hernando de Soto, que articula una visión del país muy diferente a la que se plantea en la década de los años veinte y es la que está en la base del clasismo y la organización popular, articula una visión del país donde lo fundamental es la iniciativa privada. Se supone que tenemos un país donde el espíritu del capitalismo, el deseo de progreso, el individualismo, están profundamente imbricados en los sectores populares y el problema ya no estaría en el capital extranjero, en las clases altas, sino sobre todo en un Estado capturado por una clase política corrupta que piensa primero en sus intereses. La burguesía mercantilista, en vez de propiciar la competencia, trata de disminuirla poniendo por delante sus propios intereses. El problema, entonces, estaría en la política y en las clases altas mercantilistas.

Los sectores populares, en cambio, representarían con su emergencia, con su deseo de progreso, la esperanza del país. Pero estos sectores populares son vistos no como herederos de una cultura, o una organización, sino como individuos ávidos de progreso, entendido éste en términos

materiales. Esta visión del país no fue -a diferencia de la anterior- elaborada dentro del país, fue básicamente traída de fuera y rápidamente articulada con algunos temas nacionales y da lugar a este libro “El otro sendero” en el año ochentaiséis. Si Hernando de Soto elabora esta suerte de “evangelio liberal”, Vargas Llosa lo difunde y Fujimori está implementándolo. En esta perspectiva, la política deja de ser el terreno de la esperanza. La esperanza hoy está en el trabajo individual, en la idea de salir adelante como sea, solo.

La época que comenzamos a vivir está marcada por el utilitarismo. Es una época muy poco religiosa, donde se insinúa un cierto vacío de espiritualidad, donde lo importante son motivaciones muy concretas, donde se pierde mucho la gratuidad. Hay muchos síntomas. Actualmente por ejemplo, los estudiantes universitarios discuten si tiene sentido un Centro Federado. No hay deseos de organizarse.

Lo que prima en estos momentos es la perspectiva utilitaria en términos de ejercicio profesional. La carrera es un mecanismo para adquirir una serie de habilidades que pueden valorizarse en un mercado, ya no es tanto el sentido académico o el compromiso crítico, sino sobre todo, la adquisición de habilidades que pueden venderse en un mercado. En esta perspectiva, la organización de centros federados o de otro tipo de grupos, aparece para muchos como redundante, ya ha perdido mucho sentido. Lo importante es que cada uno estudie los cursos por su cuenta y ahí se acaba todo. Esa es la atmósfera que estamos viviendo, una atmósfera básicamente individualista, donde la política no interesa, donde se han perdido los referentes utópicos, donde cada uno busca por su lado el progreso.

En general hay falta de entusiasmo en la juventud. En todo caso, la única ilusión es sobrevivir. La sobrevivencia

parece ser la tarea que agota a la ilusión de los jóvenes. También el deporte, pero poco más que eso. Creo que vivimos -repito- una suerte de crisis religiosa, una crisis de falta de espiritualidad, en el sentido de una incapacidad para sentir, para abrirse a otras experiencias que no sean sólo logro económico inmediato, la búsqueda de la ventaja personal.

Desde luego que ésto tiene diferencias en los distintos sectores sociales. Podemos distinguir entre clases medias consolidadas y sectores populares, entendiendo que lo que pueden llamarse clases medias emergentes -que serían el puente o lo que está a la mitad entre las clases medias consolidadas y los sectores populares- están un poco fraccionadas, comparten con los sectores populares la cultura de origen, pero mucho de su imaginario, de sus costumbres están ya condicionadas por las clases medias consolidadas. Por clases medias consolidadas podemos entender a los hijos de los profesionales, las personas que se educan en colegios particulares y que reciben un cuadro de expectativas muy diferentes al de los de sectores populares.

En los sectores populares los jóvenes están acostumbrados a pensar que la vida es dura, que hay carencias inevitables. Creo que los jóvenes de sectores medios tienen un cuadro de expectativas mucho más favorable, mucho menos duro; están acostumbrados a pensar que de una manera u otra se puede ser feliz, que es normal que se reciba afecto, que la vida no tiene que ser necesariamente dura. Es otro tipo de cultura. Si hubiera que buscar expresiones culturales características de estos grupos de clase media consolidada a través de los cuales ellos elaboran sus circunstancias de vida, o pueden testimoniar su situación, pienso en un programa, por ejemplo, "Locademia de TV", que tiene una audiencia sorprendente

en colegios particulares y creo que el programa refleja bastante la mentalidad de esta clase media consolidada, aunque también tiene audiencia en la juventud popular.

Otro producto cultural donde uno puede ver las actitudes de este grupo, es "Patacláun en la ciudad", puesta tiempo en el Teatro Británico. Mucho de su éxito obedeció al hecho de representar la situación existencial de los jóvenes, sin mistificaciones, muy a ras del suelo, muy espontáneamente.

¿Qué es lo que uno encuentra en Locademia de TV y en "Patacláun en la ciudad"? ¿Qué es lo que uno puede considerar típico de los jóvenes de estas clases medias consolidadas? Un primer punto vendría a ser esta falta de referentes utópicos, que tiene que ver con el hecho de que todo es 'vacilón', todo es juego, no hay nada que trascienda, que vaya más allá del goce del momento, del 'vacilón' que se convierte en lo más importante, en lo único realmente valioso.

Creo que el programa "Locademia de TV", tiene cosas interesantes. Una de ellas es precisamente la reivindicación de lo lúdico. Frente a visiones demasiado trágicas, demasiado moralistas de la vida, este programa reivindica la dimensión lúdica, esta dimensión que considera el momento sólo en si mismo, no como adoctrinamiento o trascendencia. Precisamente una de las cosas más interesantes y características del programa es el cultivo de la espontaneidad, lo que tiene evidentemente sus riesgos, porque a veces se pueden decir cosas que uno considera inoportunas. Este exponer la espontaneidad es parte del atractivo del programa y es parte del humor, parte del vacilón. También está en "Patacláun en la ciudad", donde los personajes hacen una serie de confesiones que normalmente no se hacen en público en el país. Por ejemplo, un personaje femenino dice: "el Perú es muy bueno, porque tengo una chica que me

chica que me lava el calzón” -o sea una sirvienta, una empleada- “yo al Perú no lo cambio por nada, por eso”.

Hay el ‘vacilón’, la espontaneidad, la sinceridad, aunque también -desde luego- uno ve la falta de referentes utópicos, la falta de una perspectiva de cambio. Uno ve las dos cosas.

Esta juventud no nace con un mandato generacional, tipo “esfuérzate”, “rómpete”, “estás en un mundo hostil que solamente vas a poder salir luchando”. El mandato generacional es más suave: es “diviértete, realízate, explora tus capacidades humanas y sólo en última instancia, esfuérzate, rómpete”. Ello porque, esta clase media tiene ya una base de acumulación que le permite cierta tranquilidad. No le es tan imperioso el esfuerzo lo importante es más la realización personal entendida en estos términos de disfrute, de goce.

Creo que la falta de espiritualidad, de referentes utópicos, de sentido de trascendencia en estos jóvenes, tiene que ver obviamente, con lo que sucede en el mundo y con lo que sucede con los padres. Esto es, con la crisis de civilización que vivimos, que -en el fondo creo yo- es una crisis religiosa. Desde luego que hay una búsqueda de religiones en diferentes niveles, tanto en las religiones clásicas como las nuevas religiones, como en sucedáneos que pueden generar una pasión, un sentido-fuerza que organice la vida. Hasta aquí, algunos apuntes sobre lo que podría ser la juventud de esta clase media consolidada.

Otra cosa que me parece interesante, por ejemplo, es -lo observo con mi hijo- como la palabra ‘pituco’ se ha resignificado. Cuando yo era un joven la palabra ‘pituco’ tenía una connotación negativa; designaba a un joven con la cabeza vacía que, sin embargo, procuraba estar a la última moda. Ahora la palabra “pituco” tiene una connotación más

positiva. Significa algo bonito, algo que está bien, algo que luce, algo de lo cual uno puede estar orgulloso: un polo pituco es un polo bonito. Es muy significativo que se haya ido resignificando este término. La resignificación de las palabras expresan movimientos muy profundos. La crítica al consumismo está perdiendo peso. Y esto tiene que ver, obviamente, con el auge del liberalismo, porque libera la conciencia de la persona de clase media, de clase alta de su responsabilidad social.

En el liberalismo, el progreso social es visto como resultado de los esfuerzos individuales; entonces, el éxito personal ya no es algo que cuestione, no es algo que implique un compromiso, al contrario, el éxito personal resulta casi un favor social. Por lo tanto, en este momento nadie se avergüenza -como habría sido hace algunos años- de ser empresario, de tener mucho dinero. La mayoría de la gente no piensa que ambas situaciones, ser empresario y tener mucho dinero, obligan a un compromiso social, al contrario, muchos piensan que ya con ser empresario y tener mucho dinero se está implícitamente ayudando a los demás. Es una de las consecuencias del auge de la ideología liberal, esa es su importancia en la formación de este nuevo sentido común del cual hablaba más arriba.

## **Espectativas y frustraciones**

Pasando a las clases medias populares, creo que la situación es muy distinta, los jóvenes de clase popular nacen con un cuadro de expectativas muy distinto, no es la visión dorada de la vida como terreno de realización personal, de desarrollo de las capacidades, de diversión, sino que el joven de clase popular está acostumbrado a un cuadro de expectativas mucho más duro: la vida es mucho más difícil, está llena de carencias materiales y

afectivas y hay que luchar. El mandato generacional está basado en la idea de la lucha, en la idea de que hay que progresar. No digo que esto sea general, que todos los jóvenes populares pasen por eso, pero es característico.

En una investigación que hicimos sobre el fenómeno del Sacaajos, entrevistando a madres de familia, veíamos que había un discurso que se repetía constantemente. Era más o menos como sigue: “Hijitos, yo he sufrido mucho pero he logrado algo, ese algo que he logrado es la oportunidad para que ustedes surjan a través del estudio, a través del trabajo, no sé, pero para que ustedes surjan; entonces, en la medida en que ustedes sean buenos hijos, van a trabajar, van a esforzarse y algún día me van a pagar mi sacrificio, me van a pagar mi esfuerzo”. Es una suerte de mandato generacional y, al mismo tiempo, es una suerte de contrato: mi sacrificio a cambio de tu esfuerzo.

Si uno compara biografías de clase media con biografías de clase popular nota que cosas que son traumáticas en la clase media, en las clases populares son hechos de todos los días. Como que en las clases populares hay una mayor dureza, una mayor capacidad para afrontar el sufrimiento. Las carencias afectivas tienen que ver con inseguridades muy fundamentales, dan lugar a una demanda de protección. Esto aparece mucho en los grupos; muchas veces los grupos vienen a cumplir funciones que la familia -dar seguridad, dar afecto- por problemas que tienen que ver con realidades muy complejas, no ha logrado cumplir. El joven arrastra a los grupos todos estos déficits, todos estos problemas que tiene.

Me gustaría señalar otro elemento en la juventud popular, que es el problema del racismo, sobre el cual se podría hablar muchísimo. El racismo dificulta el logro de una identidad, hace que el joven tienda a rechazar parte

de sí mismo; las partes asociadas con el mundo andino, un apellido, el lugar de nacimiento del padre; quizá el habla quechua o ciertos gustos musicales. Es sintomático por ejemplo, que en las encuestas, la música chicha siempre sale con dos o tres por ciento de popularidad apenas, sin embargo, uno va a mercados o va a fiestas y se escucha muchísimo. Es evidente que la gente no los asume porque tiene vergüenza. Este racismo tiene que ver con esta vergüenza, por la dificultad de reconocer la propia imagen frente al espejo. ¿Cómo se forma la sensibilidad estética?, para decir que ésto es bonito y ésto es feo, los medios de comunicación juegan un gran papel. Si en estos medios de comunicación lo bello es asociado con ciertas características físicas -el cabello rubio, los ojos azules, la piel blanca, la pilosidad- es evidente que las personas que no reúnen estas características representan lo contrario. Ahí ya hay un problema de autoestima, y de reconocimiento. Muchas veces, rechazamos partes nuestras que resultan cuestionantes a la luz de las imágenes oficiales, quedamos un poco desintegrados, avergonzados, ocultos.

Un dilema que encontré en muchos jóvenes era: ¿cómo identificarse con aquello que siempre se nos ha enseñado a despreciar; todo lo que tiene que ver con el mundo andino, con el mundo aborígen, con el color oscuro, con cierto tipo de música? Y por otro lado, ¿cómo tomar distancia frente a aquello que siempre se nos ha enseñado a admirar y que vendría a ser lo rubio, lo blanco, lo extranjero? En fin, ¿cómo lograr actitudes más auténticas frente a esta presión tan fuerte, presión que es ya parte nuestra porque la tenemos internalizada? ¿Cómo lograr una mayor libertad, una armonía interior en el contexto de una sociedad, donde la dominación cultural, la dominación étnica son tan fuertes, donde el poder en términos de sensibilidad estética -que es tan importante- está controlado por los medios de comunicación y por una minoría? Esto se refleja en la vida

todos los días, porque las oportunidades de una persona, por el hecho de tener un pigmento más claro, son mayores que las de otras personas.

## **Conclusión**

Resumiendo, lo que vendría a ser común a la juventud sería el estar constituida por esta nueva época. Tener que reaccionar frente a ella. Decía María Angela Cánepa que la juventud de ahora no son hijos de esta época.

Cuando ella hablaba del concepto de época, hablaba de personas que estaban un poco rezagadas, que vivían en épocas que ya habían pasado y personas que podían anunciar el futuro. Me gustaría detenerme en este último punto porque, precisamente, creo que lo que para mí es muy importante, en este momento, es tratar de pensar núcleos germinales de nuevos sentidos comunes.

En este sentido me interesan mucho los jóvenes que logran escapar del molde de la época individualista, utilitarista; los jóvenes -que a pesar de todo- mantienen un sentido y una voluntad de compromiso, mantienen un sentido crítico. ¿Por qué?

Muchas veces sucede que estos jóvenes son hijos de personas que vivieron con mucha intensidad la época de los setenta. Mantienen raíces a través de sus padres con la otra época. Esto se ve por ejemplo en algunos estudiantes de Sociología. Muchos de ellos son hijos de personas de la generación de los setenta, tienen veinte ó veintiún años y conservan una voluntad de compromiso, un espíritu crítico. Esta opción representa una alternativa al individualismo, vacío que la época actual condiciona y produce en toda la población y especialmente en los jóvenes,

porque es en ellos donde hay exuberancia de energía vital con una capacidad de hacer cosas sin cansarse - que puede, a veces, convertirse en ansiedad, en angustia si esta energía no se convierte en actividad.